

(Traducción de cortesía)

Comunidad Bahá'í de Canadá
Oficina de Asuntos Públicos

Geoffrey Cameron, Comunidad Bahá'í de Canadá

**Comité Permanente de Justicia y Derechos Humanos (JUST)
42º Parlamento, 1ª Sesión**

Reunión 143

**Jueves, 11 de abril, 2019, de 9:45 a. m. a 10:45 a. m.
Sala 420, Edificio Wellington, 197 Sparks Street**

Odio en línea

Me gustaría agradecer al comité por invitarme a dar mi testimonio hoy, como representante de la Comunidad Bahá'í de Canadá. También me presento como miembro del Comité Ejecutivo del Diálogo Interreligioso Canadiense, un organismo nacional que busca fomentar y promover la armonía y el diálogo religiosos.

Los bahá'ís, como miembros de una religión que ha estado en Canadá desde finales del siglo XIX y que ha establecido comunidades en la mayoría de las localidades del país, no son el blanco del odio en línea en Canadá.

Sin embargo, este tema es de particular interés para nuestra comunidad, ante todo, debido a las enseñanzas centrales de la Fe bahá'í con respecto a la promoción de la unidad fundamental de la humanidad y la eliminación de todas las formas de prejuicio. Las expresiones públicas o privadas de odio hacia grupos de personas, ya sea en línea o fuera de línea, son contrarias a estas creencias.

Nos hemos unido a muchos otros grupos religiosos y de la sociedad civil para solicitar el estudio de las causas profundas y de las posibles soluciones a la creciente incidencia del odio en línea, que se ha relacionado directamente con ataques violentos contra determinados grupos. Las mujeres, los musulmanes, los judíos, los sijes y las minorías raciales se encuentran entre los blancos más recientes de violencia inspirada por el odio difundido en internet.

Los recientes ataques a musulmanes durante la oración en dos mezquitas de Christchurch, Nueva Zelanda, el ataque a una camioneta en el centro de Toronto, el ataque a fieles judíos en la sinagoga El Árbol de la Vida en Pittsburgh y el tiroteo en el Centro Cultural Islámico de la ciudad de Quebec, todos ellos son ejemplos recientes de asesinatos que pasaron mucho tiempo en mundos digitales de odio.

Como ha comprobado el profesor Richard Moon, «los delitos de odio son cometidos con mayor frecuencia [...] por personas que se han sumergido en la subcultura extremista que opera al margen del discurso público y principalmente en internet».

Lamentablemente, este es también un problema con el cual los bahá'ís tienen experiencia de primera mano en otros países. En el caso más atroz de Irán, una campaña mediática de difamación e incitación al odio apoyada por el gobierno ha estado directamente vinculada a los estallidos de violencia y asesinatos contra los bahá'ís. Un patrón similar ha comenzado a proliferar en el cercano Yemen.

De la creciente experiencia se desprende claramente que la propagación del odio en línea dirigida hacia un grupo definido puede llevar a las personas, que quizá ya estén inclinadas al pensamiento intolerante, a actuar con violencia.

¿Qué se debe hacer con respecto a este problema? Cualquier solución duradera debe tener en cuenta de alguna manera los roles y responsabilidades de los individuos, grupos y corporaciones, así como de las instituciones gubernamentales.

Con respecto al gobierno, me abstendré de comentar la cuestión de si debe restablecerse el artículo 13 de la Ley canadiense de derechos humanos o si las disposiciones del código penal relativas a la incitación al odio son suficientes para enjuiciar los casos de incitación al odio en línea. Hay que encontrar un delicado equilibrio entre garantizar el libre intercambio de ideas en la esfera pública y sancionar a aquellos cuyo objetivo no es promover la verdad sino difundir el odio. Es evidente que el gobierno, y por extensión los tribunales, tiene un papel que desempeñar en el enjuiciamiento de los casos de incitación al odio.

También está cada vez más claro que se necesita la intervención del gobierno con políticas que mitiguen el impacto de los abusos más flagrantes de las redes sociales en línea. A pesar de los pasos recientes tomados por Facebook y Twitter para eliminar ciertas cuentas, el gobierno también tiene un papel que desempeñar en la regulación de estas plataformas. Toda intervención política eficaz también debe garantizar la participación de la comunidad nacional y local en la determinación de las normas para las plataformas en línea. Como ha instado David Kaye, Relator Especial de las Naciones Unidas sobre el derecho a la libertad de expresión, basarse en las normas internacionales de derechos humanos en lugar de en los juicios arbitrarios de las plataformas comerciales constituye un marco mejor para el desarrollo de tales normas. Esto incluye la delimitación de los derechos y responsabilidades de los usuarios, así como las garantías para asegurar que no se restrinja indebidamente la libertad de expresión.

Sin embargo, la acción del gobierno por sí sola es insuficiente. La sociedad civil también tiene un papel para impulsar estas compañías en la dirección correcta, más allá de la letra de la ley. Una organización, llamada Change The Terms (Cambia los términos), ha pedido a empresas de tecnología como Facebook, Google y Twitter que tomen medidas para frenar el uso de las redes sociales, procesadores de pagos, páginas de programación de eventos, salas de chat y otras aplicaciones para actividades que fomentan el odio. Existen medidas concretas que pueden crear un espacio público más saludable para todos nosotros que pueden ser adoptadas por estas poderosas compañías, responsables tanto ante el gobierno como ante la sociedad en general.

Finalmente, existe una responsabilidad educativa que recae sobre los líderes de la comunidad, el profesorado, las familias y los padres. Los cambios en las actitudes, valores y comportamientos de los individuos son una parte necesaria de la solución.

El entorno en línea es, en última instancia, un reflejo de nuestra sociedad. Vivimos en un mundo en el que los prejuicios contra ciertos grupos son propagados por muchas personas, incluso por quienes no pretenden provocar acciones violentas.

Los líderes religiosos tienen la responsabilidad especial de educar a las personas para promover el compañerismo y la concordia, y de no avivar los fuegos del fanatismo y los prejuicios.

Los jóvenes, especialmente, necesitan acceso a una educación que les enseñe, desde los primeros años, que la humanidad es una sola familia. Requieren una educación y una tutoría que vayan más allá de una condena simplista del odio o de una serie de cosas que deben y no deben hacer con respecto a sus actividades en línea. Los jóvenes necesitan ayuda para desarrollar un marco moral sólido en el que puedan tomar decisiones sobre sus actividades en línea, como el contenido que eligen compartir y consumir, y sobre cómo utilizan sus poderes de expresión cuando se comunican con amigos y extraños.

Cualquier solución a largo plazo para el odio en línea debe prestar la debida atención a la generación que está llegando a la mayoría de edad en un entorno de información confuso, polarizador e indiferente a su desarrollo moral y ético. ¿De dónde aprenden los jóvenes a expresarse, utilizando un lenguaje destinado a educar en lugar de despreciar o denigrar? A medida que buscan aprender sobre temas sociales, ¿cómo sabrán la diferencia entre la crítica inteligente y la propaganda de odio? ¿Qué herramientas éticas y apoyo social les estamos brindando mientras navegan por el mundo en línea?

Responder a estas preguntas es una responsabilidad que no recae solo sobre el gobierno, y es parte de una respuesta al odio en línea que todos debemos aceptar llevar adelante.